

objetos más preciados y, por tanto, abundaban los búcaros con flores. En la acepción de 'hornito volcánico' o

• IN MEMÓRIAM

Leocadio Ortega. Adiós y buenas noches

Nota introductoria

ANTONIO JIMÉNEZ PAZ

El amigo Leo ha muerto. Leocadio Ortega no. Leocadio Ortega nos sorprendió aquella primavera de 1991, cuando el inquieto y jovencito Nicolás Melini logró sacar adelante aquel primer número de los *Cuadernos Literarios AZUL*. Reacio siempre a publicar, nunca supe cómo Melini consiguió que Leocadio le entregara una nota sobre sí mismo, cuando realmente apenas nada sabía de sí ni del mundo. Ese texto lo encontrará reproducido el lector en la página 11 de este suplemento. Allí exponía su programa inmediato: "Romper rutinas mentales creo que sería la operación buena y saludable". Por supuesto, la suya y la de todos los demás. Pronto supimos que romper las suyas lo adivinábamos un arte difícil por no decir imposible cuando esa nota iba acompañada en el cuaderno de un largo poema inédito -"Elementos de un naufragio" (página 12), lo último que publicó- y que nos dejó pasmados y enredados en nuestros aires de poetas y escritores de futuro. Simultáneamente todo este aglutinamiento de escritores que intentó Melini en torno a la iniciativa de sus cuadernos había coincidido con el desembarco de Elsa López en La Palma -la madre que en realidad nos parió- con su impagable y ventolera iniciativa de publicarnos en su lozana editorial. Allí publicó por primera vez el propio Nicolás Melini, y tras él Anelio Rodríguez Concepción, Miguel Gómez Ramos, Inmaculada Hernández Ortega y, si no se me olvida nadie, quien esta nota escribe. Y por supuesto con su primer y único libro, *Prehistórica y otras banderas*, nuestro entrañable y huidizo Leo.

Basten estas tres páginas espontáneas para reconocer que donde a menudo resoplamos contrariados con la miseria humana reflejada en los otros hay de mejor allí, muchísimo más, que en el lado de los poetas recién peinados, bien vestidos y faltos de nada que andamos por las calles con prisas y de puerta en puerta. Mucha más metáfora allí, la necesaria para sobrevivir, que en la de los de este lado, que tan sólo la perseguimos para vivir con hechizos elaborados en base a rimas consonantes y asonantes. Más afinada puntería poética allí que en la de los de este lado que tanto lastre soltamos por alcanzarla. Que tenga que concurrir la muerte para ver claro, con otros ojos, lo maravilloso escondido tras la miseria humana es otro cuento. Que tenga que concurrir la muerte para uno aceptar los regalos impagables que nos dona quien no está en nuestro lado, al otro lado del espejo y en el espejo donde no suele siquiera la misma poesía sentir compasión por nadie, sigue siendo parte de ese otro cuento. Pero la noche del 16 de marzo pasado fue rescatado el cuerpo inerte de Leocadio de las aguas legendarias del muelle de Santa Cruz de La Palma.

Leocadio Ortega, para *siempremente siempre* buenas noches.

Leocadio Ortega, poeta

ANELIO RODRÍGUEZ CONCEPCIÓN

Con el mismo escalofrío con que recibiera meses atrás la noticia de su muerte, pronuncio en voz alta el nombre de Leocadio Ortega, siquiera para recordar la grandeza de su exigua obra poética. Valga la antítesis como un palmetazo en la conciencia de todos, incluso de quienes fuimos hasta cierto punto indulgentes con sus extravíos y con la morbidez de un carácter que tantas veces lo trajo y distrajo por el camino de la amargura.

Los versos de Leo, que en conjunto ciertamente no son muchos y de hecho en esencia están más que representados en un excepcional libro de apenas cincuenta páginas, *Prehistórica y otras banderas* (Ed. La Palma, Madrid, 1990), rezuman la gracia y la belleza de lo genuino y un vigor lírico que para bien se desborda más allá de los cauces habituales de la poesía española contemporánea. Leo llegó a transmitir el valor libérrimo y liberador de las palabras, nunca inocentes, siempre inflamables, jugosas como ciruelas robadas del árbol del bien y el mal. Desde adolescente las mordió sin reparar en los peligros de su sabroso veneno, ese licor que obnubila e incita a levantar un vuelo tan alto, tan alto, que sólo lleva al vértigo paralizante.

La personalidad de Leo, un puzzle con demasiadas piezas aún por completar, respondía al arquetipo del genio atormentado y dipsómano, ese mito romántico que, como otras improntas del liberalismo decimonónico, nos empeñamos en preservar de la posmodernidad. Muy pronto demostró que tenía talento, vaya que si lo tenía, pero su convulsa vida interior lo condujo a una neurastenia que por sistema le negaba el pan y la sal hasta convertirlo, como personaje de novela por entregas, en un auténtico poeta maldito (los poetas malditos de verdad, no de pose, son los que se maldicen a sí mismos). Ácrata y pusilánime ante los retos de la simple supervivencia cotidiana, acaso su mayor drama no fuese otro que el de la autocompasión por no poder coronar la cima que durante años todos entreveíamos y deseábamos para él. No nos engañemos: aunque su quemadura persistiese estigmatizándolo por dentro y por fuera, la llama sagrada de la poesía fue efímera para Leo: se le apagó antes de disiparse la inocencia de juventud. Quizá por eso quedó atrapado sin remedio entre los rescoldos del mayo del 68 y aun entre las cenizas de un republicanismo idealizado, a la imposible izquierda de la izquierda imposible. Atrapado en el mismo círculo final en que Max Estrella se estremece y dice "Estoy mascando ortigas" y "Estoy muerto".

Ese círculo cerraba un poso de vino y, ahora lo sabemos, un pozo inmenso de agua de mar y noche. Allí el dolor se hace memoria que nos concierne por afecto y por admiración.

CINE
VÍCTOR

Tú la letra, yo la música

EL VIOLÍN del mexicano Francisco Vargas Quevedo se proyecta en el Cine Víctor de Santa Cruz de Tenerife el sábado 14, el domingo 15 y el lunes 16 de julio a las 19:00 y 21:30 horas

Ha sido esta una intensa y movida semana musical tinerfeña que, aparte de conciertos memorables como el que -nos cuentan fuentes solventes de toda confianza- ofreció el senegalés Youssou N'Dour en el Auditorio de Tenerife dentro del Festival Músicas Mestizas (MUMES) y los manidos Maná en el Helidoro Rodríguez, en el aspecto puramente cinemato-

gráfico también hemos tenido luminarias que han dejado constancia de su brillantez y maestría musical dentro del I Festival Internacional de Música de Cine de Tenerife -dirigido por el joven y talentoso compositor tinerfeño Diego Navarro- que ha traído hasta el escenario del Cine Víctor al extraordinario músico canadiense Mychael Danna (compositor

de cabecera del egipcio-armenio-canadiense Atom Egoyan, y de joyas como *La boda del monzón*, y las más recientes *Capote* o *Little Miss Sunshine*); Sean Callery, autor de la sintonía de la anfetamínica serie televisiva *24*; Don Davis (la persona que puso música a los tres *Matrix* de los hermanos Wachowski) y Ángel Illarramendi, muy ligado a Elias Querejeta, para quien